



XLVIII

El gran secreto.

DESPUÉS de haber adoptado la resolución irrevocable de fugarse, la presidenta de la *Liga* había cambiado de tal modo, que ella misma no se conocía.

Dominada por un solo pensamiento, el de sustraerse para siempre al espectáculo de su derrota, no veía la hora de abandonar la ciudad y hasta la propia Italia. Por eso apresuraba secretamente todos los preparativos de viaje y no se dejaba ver de nadie.

Cuando hubo recibido la carta de la comadrona, presto adoptó la resolución de no dejarse engañar por aquella mujer que tantas veces había burlado su confianza.

Como es natural, esta disposición de ánimo de la Schwitzer era completamente desconocida de la famosa comadrona, la cual, por el contrario, creía encontrar á la alemana en el colmo de la desesperación y dispuesta á convertirse en instrumento suyo. Por consiguiente, cuando se hallaron ambas frente á frente, la segunda no dejó de sorprenderse al ver la tranquilidad de la primera, que la miraba con aire de indiferencia, como si quisiera decirle:

—Estoy aquí para oírte y nada más.

Disimuló sin embargo la comadrona su disgusto, y queriendo ante todo tantear á la Schwitzer, le dijo:

—¡Estamos derrotadas en absoluto!

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Pues está claro. La *Liga* resulta vencida y el feminismo muerto.

—¿Quién sabe!

—¡Después del último triunfo de la *Alianza*!

—Vaya, «no hay mal que por bien no venga».

—Sí—replicó irónicamente la comadrona.—«Hasta ahora voy bien, y le llevaban á ahorcar», dice el proverbio.

—Pero nosotras todavía estamos vivas, y mientras hay aliento hay esperanza.

—También yo creo que se consigue encontrar remedio. Esperar se debe siempre. Pero, á juzgar por el presente, el porvenir no resulta muy halagüeño. Luego, para quien ama como yo la obra de la *Liga* y el feminismo, la posibilidad de su derrota nos sobresalta. ¡Renunciar á un ideal tan noble y á una empresa tan gloriosa! ¡Dejar todo el movimiento feminista en manos del clericalismo! Verse obligados á ceder el campo, á deponer las armas, á emprender la fuga delante de cuatro charlatanas. Sólo de pensarlo me dan escalofríos... No, no hay que dejar á la Storní ni á la Piumetti dueñas del campo. La derrota reclama venganza.

Mientras se expresaba en tales términos, la comadrona estudiaba el efecto de su discurso en el rostro de la Schwitzer, la cual permanecía impassible, porque habiendo adoptado la resolución de marcharse, nada le importaban ya las consecuencias de la lucha.

De manera que preguntó con la mayor calma á su interlocutora:

—¿Cuál es el pensamiento de usted?

—Los pensamientos se disipan en humo. Lo que se necesi-

tan son hechos. Usted, señora, que ha creado la *Liga* no ha cesado de dedicar á la obra su actividad, su tiempo y sus riquezas. Yo, en mi modestia, he tratado de prestarle mi auxilio; pero el caso es que hemos permanecido solas en contener al enemigo reforzado con todos los prejuicios del atavismo clerical.

—Y eso que me habían prometido ayudarme todas.

—Sí, y le dejan á usted en la estacada... ¡Bribonas! Yo en su lugar lo mandaba todo enhoramala.

—¿Entonces usted me aconseja que abandone el campo?

Aquí la comadrona tardó algunos momentos en responder, y después dijo como hablando para sí:

—Cierto; conviene ir sobre seguro. Todo consiste en hacerlo una por sí sola.

—¿Pues no se proponía usted ayudarme?

—Por eso mismo no debo esconderle la verdad.

—Venga entonces.

—En suma—respondió la comadrona empezando á enseñar el juego.—¿No vale más un gran ideal que una ó dos personas vulgares?

—Indudablemente.

—Más una obra inmensa de reforma social que la vida de cualquier miserable?

—Sin duda.

—Más la regeneración de la mujer italiana, con el verdadero feminismo de la *Liga*, que el pellejo de la Storni y el de la Piumetti.

—Así lo creo.

—¿Pues entonces?...

—¿Entonces?...

—Entonces conviene eliminar el obstáculo para salvar la institución.

—¿Eliminar el obstáculo? ¿Qué quiere usted decir?

—Bien claro está. Suprimir á la Storni y á la Piumetti, ó por lo menos á la última.

Aun cuando todavía no hubiese penetrado todo el alcance de la propuesta fatal de la comadrona, no obstante el oír hablar de la muerte de sus enemigas, la Schwitzer se sintió aterrada, diciendo como si hablara para sí:

—¿La muerte de ambas?

—Es el único medio de salvar la vida de la *Liga*... ¿Si alguno quiere atravesarme el pecho con un puñal, no tengo yo el derecho de volver el arma contra él? Pues bien, la vida de la *Liga* merece la realización de cualquier sacrificio. No hay evolución social sin lucha por la existencia, ni ésta puede concebirse sin la eliminación de las unas para la sobrevivencia de las otras.

—¿Y cómo piensa usted obtener semejante... eliminación?

—Con la acción directa.

—¿De quién?

—De aquellas que representan legítimamente la justicia social, esto es, los intereses del feminismo.

—¿Y serían?

—La creadora de la *Liga*, como directora, y su servidora fiel, que no la ha abandonado en la derrota, como ejecutora.

—En resumen, ¿qué yo debería dar á usted orden para matar á la Storni y á la Piumetti y usted piensa en la manera de ejecutar el mandato? ¿No es esto?—preguntó ansiosamente la Schwitzer, sintiendo aumentar su terror.

—¿Por qué no?—replicó impertérrita la comadrona.—¿Qué dificultad hay en ello? ¿Teme usted acaso ser descubierta? Tranquilícese usted; el riesgo es todo mío y no tengo ganas de ir á galeras. Si no estuviese segura del éxito, no me metería en tan peligrosa aventura.

—¿Por qué quiere usted entonces mi mandato?

—Porque sin él no puedo armar la mano que debe herirlas infaliblemente.

—La mano... ¿de quién?

—¡Pardiez! De un hombre... Yo soy mujer, y la mujer no tiene aliento, ni pulso, ni ánimo para eso.

—¿Y ese hombre necesita mi asentimiento?

—Sí, señora.

—¿Por qué?

—A esta pregunta suya, tan natural como exacta, no puedo responderle de otro modo que revelándole un gran secreto. Pero antes debo exigir de usted la promesa solemne de no revelarlo nunca á nadie. ¿Me lo promete usted por su honor?

—Se lo prometo sobre mi honor.

—Muchas gracias, pues ha de saber usted, — continuó la comadrona bajando misteriosamente la voz, y mirando con recelo hacia la puerta—que mi profesión de partera me ha abierto camino para descubrir una sociedad secreta de anarquistas, los cuales no tienen otro programa que la acción directa y la propaganda por el hecho, en nombre de la justicia social. La ejercitan por cuenta propia cada vez que su Consejo pronuncia sentencia capital contra alguno, y la suerte designa al ejecutor; pero también la ejercitan por cuenta de las empresas sociales afines, cuando lo dispone el presidente del Consejo. Venganzas privadas no se realizan, porque las prohíbe el derecho jurídico de la justicia social. Esta es la razón, porque yo no podré obtener de ninguna manera la supresión de nuestras enemigas; pero bastaría una carta suya, señora, como presidenta de la *Liga* para mandarlas al otro mundo.

—¿Y á quién debería dirigir esta carta?—preguntó la Schwitzer que se había creído la patraña y temblaba de terror.

—A mí sencillamente; yo me encargo de enviarla á su destino. Ya he dicho á usted que echo sobre mí la parte más arriesgada, la de la ejecución. Pero si esto no le satisface, puedo poner á usted en correspondencia directa con el comité ejecuti-

vo, mediante un delegado que vendría aquí á recibir sus órdenes. Elija usted, pues, lo que más le agrade.

Estrechada en tal forma, la Schwitzer permaneció silenciosa algunos momentos, mientras la comadrona la miraba fijamente como para arrancarle una respuesta.

La astuta bribona había conseguido que la presidenta de la *Liga* tomase en serio sus nuevas patrañas, y esperaba que entraría en su siniestra conjura para echar sobre ella toda la responsabilidad.

Pero la señora Schwitzer, debemos decirlo en honor suyo, sentía una repugnancia invencible hacia aquella mujer, de tal manera, que cuando Brandini le había propuesto la famosa partida de campo se había mostrado rehacia á acompañarlo.

Pero ahora que descubría por completo la enorme maldad de la comadrona, permanecía silenciosa, no porque tuviese duda en la respuesta, sino porque las revelaciones de un proyecto tan feroz la llenaba de espanto y al propio tiempo, temía atraerse el odio de aquella fiera, negándose á secundar sus planes resueltamente; por eso continuaba silenciosa, buscando ansiosamente una salida cualquiera.

La comadrona tomó esta vacilación por una señal de asentimiento. Por lo tanto, redobló su audacia, reforzó los argumentos, sin conseguir arrancarle una respuesta definitiva.

Por último, se percató la Schwitzer de que aquella actitud no podía prolongarse mucho sin riesgo suyo, y que lo mejor era entretener á la comadrona con alguna esperanza, mientras llegaba el momento de su partida, dejándola después con un palmo de boca abierta.

Por eso le dijo:

—Así de improviso no puedo prometer nada... Déjeme usted reflexionar y considerar detenidamente todas las cosas. Y para que no tenga usted que sufrir la molestia de venir á bus-

carla de nuevo yo le enviaré un aviso respecto á la determinación que haya adoptado en el asunto.

En vano procuró la comadrona arrancarle una respuesta definitiva. La Schwitzer se mantuvo inflexible y acabó por despedirla graciosamente, prometiéndola el silencio más absoluto sobre tan gran secreto.

Desde este momento se apresuró á precipitar los preparativos de su partida.



XLIX

Vocación laíca.

TERMINADO ya el movimiento extraordinario promovido por la primera Asamblea de la nueva *Alianza nacional*; cerradas felizmente las sesiones, y concluidos los últimos festejos, en casa de la condesa Storni, reinaba la tranquila actividad de antes, si bien las tareas encomendadas á la presidencia general reclamaban en lo sucesivo una labor intensa, larga y difícil.

Las oficinas provisionales fueron colocadas en casa de la Condesa hasta que se construyera el nuevo palacio donde debía instalarse definitivamente el centro directivo de la nueva Sociedad. Conforme á su proyecto, ya madurado antes del Congreso, asignó locales á propósito para las dos secretarías, la general y la local.

Nuestra protagonista Ida, después de la elección de la Condesa para la presidencia general, había presentado su dimisión del servicio del Estado, declarando que antes de quince días abandonaría definitivamente su profesión de telegrafista.

Una vez transcurrido este plazo, fué por última vez á la oficina, despidiéndose de todos sus compañeros con frases de la más exquisita cortesía, y ellos correspondieron á su lenguaje con palabras no menos corteses y cariñosas. Sólo Fiocchetti se mostró reservado, sin encontrar nada que decir, pero Ida le

sacó del atolladero, despidiéndose de él atentamente, como si nada hubiese ocurrido entre ambos.

Al salir para siempre de aquel lugar, donde tanto había sufrido y donde permaneciera hasta el último instante, únicamente por cumplir con su deber, la pobre joven experimentó un gran consuelo y exhaló un suspiro de satisfacción, como el condenado á quien se abren de improviso las puertas de la cárcel en que vivió encerrado.

Voló á casa de la Condesa para dar rienda suelta á su alegría y allí cayó en brazos de su protectora llorando y riendo como que una chiquilla.

—Ahora soy suya,—decía, besándole las manos—nada más suya hasta la muerte.

—¿Y después?—preguntó riendo la Condesa.

—¿Después? Oh, yo me iré antes para aguardarla en el Paraíso, donde haré también de secretaria suya.

—¿Y si vamos al Purgatorio? Me parece que te has vuelto un poco vanidosa, desde que desempeñas ese cargo.

—Pronto se arrepentirá usted de habérmelo concedido. No soy un pájaro de jaula, sino un ave del bosque y quiero saltar, volar, cantar y correr á mi capricho.

Toda la vivacidad ardiente, alegre y expansiva de su carácter, se desbordaba ingenuamente en este primer coloquio después de su liberación, como una fuente cristalina que inunda la llanura apenas se quita el obstáculo que impedía su salida. Y como ésta sigue su carrera, esparciendo por todas partes la fecundidad, así Ida parecía haber cambiado de naturaleza, tan serena y tan jovial se manifestaba.

Apenas entrada en la nueva vida, su primer pensamiento fué el de entregarse al trabajo para desempeñar bien su cargo. A este propósito solía decir que la voluntad lo puede todo, y que una buena secretaria debe vigilar todas las cosas y corregir todos los defectos.

—Usted es la cabeza,—decía á su protectora,—nosotras los pies; pero sin los pies el cuerpo no anda y la cabeza por sí sola no puede dar un paso.

—No obstante, si la cabeza se rompe la culpa es de los pies que marcharon al encuentro del peligro y no supieron evitarlo á tiempo.

—Por eso los pies de usted deberán tener alas. Con ellas la cabeza podrá elevar el vuelo y salir incólume de cualquier peligro. En todo caso los pies serán los primeros en aplastar á ciertos animales dañinos, porque todas nosotras estamos dispuestas á dar la vida por la presidenta...

Larga, paciente, fatigosa fué la realización de este trabajo, tal como lo había concebido la nueva secretaria general. División y distribución de la labor entre sus colaboradoras, registros, índices, prospectos, correspondencia, todo, en suma, lo que pertenece á tan importante cargo, fué concertado por Ida con extraordinaria habilidad. A ello concurrió eficazmente la generosidad de la Condesa, procurándose la cooperación de las personas más peritas para montar el servicio con toda la perfección de la técnica moderna.

Al fin Ida, después de tantas borrascas, había llegado al puerto, y no tenía otra aspiración ni otro deseo que el de permanecer en su cargo de secretaria de la *Alianza* hasta la muerte.

La vida doméstica era para ella una continua fiesta, una compensación de todas las pasadas aficciones. Considerada y tratada por la Condesa como hija predilecta, gozaba de toda su confianza y encontraba en ella á la más afectuosa de las madres. Giannina y Giorgina se habrían hecho matar por defenderla y contentarla. Además, el cargo de Secretaria no podía ser ni más conforme con su genio, ni más de su gusto, ni más á propósito para que pudiera desplegar sus aptitudes é inclinaciones.

Rica de ingenio y dotada de ánimo viril, acostumbrada desde

niña al estudio, práctica en los asuntos de la vida por la amarga experiencia de su antigua profesión de telegrafista, encontraba en su nuevo cargo un campo vastísimo que cultivar, ejercitando en su desempeño toda su actividad, con gran ventaja de la obra á que había consagrado la existencia.

Por consiguiente, todo lo que aprendiera con el estudio y la escuela de la vida, le servía ahora maravillosamente para el desempeño de su cargo, que era el centro vital de un organismo vasto y benéfico, que extendía su acción saludable sobre todo el país, que ejercitaba su apostolado hacia millones de personas, que propagaba y multiplicaba por todas partes el bien moral y material de las mujeres italianas. ¿Qué más podía desear para ser completamente dichosa?

—¿Quién más afortunada que yo,—decía en cierta ocasión la joven á la Condesa?—En familia, nada me falta. Mi trabajo es una delicia. La *Alianza* es la primer potencia del país, y yo, como fiel delegada de la presidencia, puedo hacerla marchar como un reloj. Además, usted me lleva siempre en la palma de la mano y parece que siempre estamos de boda.

—¡A propósito!—la interrumpió la Condesa con una sonrisa maliciosa,—¿no has pensado todavía en tus verdaderas bodas?

Se ruborizó Ida y vaciló un instante antes de responder, pero pronto se repuso, diciendo alegremente:

—Para una boda hay necesidad de dos personas.

—Has tenido buenos partidos y no aceptaste ninguno.

—Por esa misma razón ahora no los tengo.

—¿Pero y si se presenta uno nuevo?

—No será fácil. Pero, de todos modos, mi sentencia está escrita. Yo no perderé mi libertad. Así podré consagrar todas mis fuerzas á trabajar en el servicio de la *Alianza*. Esta es mi única familia, y la presidenta es mi madre.

—¡Ah, bribonzuela! cómo sabes herir en el punto sensible. Pero aguarda, que ahora te voy á devolver el golpe. Haz el favor

de decirme: ¿si no te hubieses mezclado en los asuntos de la *Alianza*, no habrías aceptado un esposo para librarte del servicio telegráfico?

—No niego que la condición de la mujer sea la de tomar marido y la de llegar á ser una buena madre de familia, por más que esta regla, como todas las demás, tiene sus excepciones, que no sólo confirman la regla, sino que hacen menos tristes ciertas consecuencias y ciertas otras más ventajosas. Así el celibato de las vírgenes consagradas á Dios ha creado y mantiene el apostolado de las hermanas de la caridad. Para curar ciertas llagas domésticas y sociales, la viudez de una ¡Condesa ilustre, bien conocida de usted ha creado y mantiene el gran ejército del feminismo. Si esta señora, viuda á los veinte años, hubiese contraído segundas nupcias, y el Señor le hubiera concedido una hermosa sucesión de hijos, la *Alianza* no habría nacido ni yo sería su secretaria.

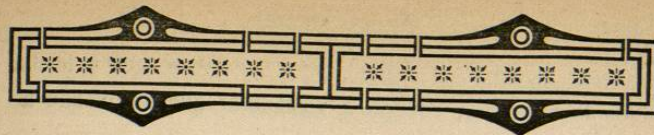
—Luego en este caso, ¿habrías profesado como monja? Y quizá lo hagas todavía... El mejor día me abandonas y te vas al convento.

—No, no... Ni matrimonio ni convento, sino celibato hasta la muerte... ¡Este es mi programa! Del matrimonio me ha apartado la experiencia de la vida, porque crecida y criada siempre entre hombres, he sentido la más profunda repugnancia en ligarme indisolublemente con alguno de ellos. Conozco demasiado á nuestros hombres y *superhombres* modernos! y á la vida religiosa tampoco tengo inclinaciones. Para mí es indudable que la Providencia me ha destinado á caer en las manos de quien estoy ahora. La *Alianza* es mi reino, mi papado. Pero si eso no hubiera ocurrido, después de la muerte de mi pobre madre habría tratado, por todos los medios posibles, de asegurarme un estado modesto de libertad é independencia personal, para poder vivir con mi trabajo y cooperar al apostolado laico, para la rehabilitación social de la mujer. Pues

esta misión, que es la más importante y vital de todas, me ha sido ofrecida por la *Alianza*. Por eso puedo decir que mi vida es la más dichosa y la más afortunada del mundo. He aquí en pocas palabras mi confesión general.

Ante esta nueva prueba de la nobleza y grandeza de ánimo de su secretaria, la Condesa se complacía en la perfecta comunidad de sentimientos que existía entre ambas, pues parecían creadas á propósito para trabajar juntas en el apostolado del feminismo cristiano. Terminó, por lo tanto, el coloquio con aquel acento de ternura, que empleaba siempre con la joven.

—Poco á poco y sin quererlo me das la razón. Luego absolvámonos mutuamente y hagamos juntas penitencia combatiendo al laicismo falso con el nuestro, que es de muy buena ley. Esta es ciertamente la misión más útil de la mujer por la mujer en los tiempos modernos. Estamos en la misma barca, yo sobre el puente de mando y tú en el timón. Esperemos que á pesar de todo género de borrascas hemos de entrar felizmente en el puerto.



L

La última trama.

CUANDO la comadrona regresó de su visita á la Schwitzer, con el rabo entre piernas, como suele decirse vulgarmente, aguardó algunos días para ver si recibía el aviso convenido para la terminación del asunto, pero lo aguardó en balde, cosa que no sorprendió á la astuta mujer, porque demasiado había visto que la alemana se resistía á entrar en la conjura proyectada.

Intentó entonces hacer entrar en la red á otras personas, para servirse de ellas como instrumentos en su infame proyecto y descargar sobre su cabeza las responsabilidades. Tanteó especialmente el ánimo de Brandini, de la Fioroni y de la Lisardi, mostrándose consternada con el triunfo de la *Alianza*, y declarándose pronta á todo sacrificio para salvar á la *Liga*, insistiendo siempre sobre la necesidad de un remedio radical, de un acto heroico, de un remedio seguro para vencer al enemigo común.

Pero no tardó en advertir que perdía el tiempo lastimosamente, porque no sólo encontraba en todos frialdad y desconfianza, sino que cada vez que trataba de excitar su interés para